

# LA NOVELA HISTÓRICA FRANCESA

Ana González Salvador

Catedrático Filología Francesa. UEX.

*Es obvio que no se puede desvincular el auge que conoce la novela histórica en Francia de la importancia que, desde un punto de vista más general, cobra la Historia -o la vocación historicista- a principios del siglo XIX. Se entiende el citado auge si se piensa que el nacimiento de esta manifestación literaria en el seno de lo que es la novela como género está íntimamente relacionado, en su vertiente estética y emotiva, con el realismo romántico y, en el plano científico, con el positivismo.*

*Por otro lado, se debe también observar que en la palabra misma "relato" -término inherente al género llamado novela- está ya implícita la noción de historia y la relación que ésta mantiene con la idea de ficción.*

De manera muy sintética, y sin entrar en la muy larga polémica en torno a la definición de "novela histórica" o incluso en torno a su existencia como género (Chateaubriand, Mme de Staël, Michelet, Manzoni, Barbéris y, de manera muy particular, Lukács), pueden considerarse los rasgos que acaban de mencionarse como los componentes principales que habrá que tener en cuenta cuando se aborda el estudio o la lectura de la llamada "novela histórica", rasgos que podrían probablemente hacer de ella, desde sus primeros pasos, un género autónomo.

En cuanto a su expresión en Francia, es también importante recordar el vínculo que desde sus inicios mantiene la novela histórica con la huella dejada en el país por la aún reciente Revolución de 1789: exaltación de los valores nacionales, de las libertades y de los nuevos ideales. Esta conciencia histórica se une a la estética romántica y al gusto por lo pintoresco o lo folclórico propios del XIX.

No hay tampoco que olvidar que la mirada de esta generación se tiñe con el desencanto producido por un presente que los nostálgicos del mito de Napoleón consideran prosaico, situación magníficamente plasmada en el *Rojo y Negro* de Stendhal

En un contexto en el que se redes-

cubre la literatura medieval con sus gestas épicas y en el que brilla como un espejismo la gloria de un pasado plebético de individuos que bien pudieran encarnar la figura del héroe que esta generación percibe como irremediablemente perdida, se genera, hacia 1825, la escritura de grandes obras como las de Vigny (*Cinq-Mars*, 1826), Balzac (*Los Chuanes*, 1829), Mérimée (1572, *Crónica del reino de Carlos IX*, 1829) y Hugo (*Hernani*, 1830).

No puede sin embargo afirmarse que la producción francesa de novelas históricas sea homogénea. Concurren tanto influencias externas (la del inglés Walter Scott) como las de un pasado reciente encarnado por el desencantado "hijo de este siglo" que es Chateaubriand. La primera introduce rasgos sociales y colectivos, como los que se encuentran en Balzac o incluso en Hugo, mientras que la segunda reaviva, no sin dejes nostálgicos, los antiguos valores aristocráticos, los mismos que emergen en la novela *Cinq-Mars* de Vigny en torno al famoso episodio de la Fronda que, en el siglo XVII, enfrentó a los nobles con el poder absoluto de Richelieu y de Luis XIII. La alusión a una realidad acontecida en el pasado político de Francia nos lleva a precisar que la novela histórica incorpora en su relato tanto hechos pertenecientes a fechas lejanas como acon-

tecimientos más próximos -a veces muy cercanos- del propio quehacer novelesco. Este es el caso de algunas novelas de Balzac cuyo argumento no se refiere a episodios alejados de la memoria sino que es casi contemporáneo del lector de la época. Por ejemplo, *Los Chuanes*, de 1829, cuenta hechos acontecidos en 1799. Es entonces evidente que la proximidad respecto del presente del lector agudiza en gran medida la dimensión crítica e ideológica de la obra.

Estas últimas observaciones aluden exclusivamente a la naturaleza -próxima o alejada en el tiempo- del hecho histórico, material que el autor de la novela toma como referencia verdadera para la elaboración de su ficción. Pero en lo que se refiere a esta última, cabe también subrayar, además de la componente "real" o "verdadera", la incidencia de la ficción como invención sobre la propia Historia y el problema que subyace respecto a la fidelidad o traición para con el Pasado.

Puede darse que un autor -será el caso de Victor Hugo- se documente, citándose fielmente a la realidad del hecho histórico acontecido. Como ejemplo tenemos su novela *Noventa y tres* (1874) que trata de una de las fechas clave después de la revolución de 1789. Pero también puede darse que el mismo autor utilice, al tratar de la Historia, grandes dosis de imaginación, como sucede, por ejemplo, en la famosa y más fantástica *Nuestra Señora de París* (1831) desarrollada en la Edad Media. Siguiendo con este autor, vemos que en su también famosa novela *Los Miserables* (1862) se dan cita una muy cercana Historia de Francia y la voluntad de construir, con intenciones sociales, un gran fresco poético e imaginario que exalte,

## La reina Margot



en la figura de su héroe Jean Valjean, la idea de "víctima social".

Por su parte, esta última característica no hace más que recordarnos la proximidad de la novela histórica con los contenidos que encontramos en las entregas por episodios del "folletín" (publicación cotidiana en la prensa). Más precisamente, nos recuerda uno de los rasgos de aquello que se ha venido denominando, y no sin intención despectiva, "novela popular", producción de gran alcance, como la propia denominación indica, entre el público de masas. Autores como Paul Féval ilustran con gran éxito este tipo de novelas en Francia durante el pasado siglo.

Al respecto, parece que con la novela popular nos acercamos, por tratamiento y contenido similares, a la novela de aventuras, alejándonos aparentemente de la novela histórica -por otra parte de más prestigio que las dos primeras-. Cabe sin embargo recordar que un autor logrará conjugar

con genio estos tres componentes -Historia, aventura, y dimensión popular- sin que por ello se resienta la calidad de la escritura. Se trata, naturalmente, de Alejandro Dumas padre, el autor más representativo de esta suma de elementos, el que reaviva el interés que la novela histórica conoció alrededor de 1820, y también el más familiar entre nosotros. En efecto, ¿quién no conoce *Los tres mosqueteros* (1844) o *El Conde de Montecristo* (1845)?

Un numeroso público compuesto tanto por jóvenes y adultos como por cultos y menos cultos es testigo de que la narración de aventuras o la novela popular no tiene por qué estar reñida no sólo con la calidad literaria sino con una referencia a la Historia sólidamente documentada.

Nos llevaría mucho tiempo y espacio citar la ingente obra de este autor reivindicado recientemente por la crítica universitaria como ejemplo del buen quehacer tanto dramático (brilló en los escenarios parisinos con el mismo fulgor que Victor Hugo) como novelesco. Hay que decir que la desmesura acompaña a Dumas en su producción y también en su vida. Es el escritor que, con ayuda de sus "negros" (se denomina así a aquellos que escriben, mediante remuneración, para un autor), nos ha dado alrededor de 91 obras para el teatro, 10 volúmenes de memorias y, además de otras prácticas literarias (como, entre otras, un diccionario de cocina), 200 novelas. Junto a las ya citadas *Los tres mosqueteros* o *El Conde de Montecristo*, destacan novelas históricas como *El Tulipán negro* (1850), *La Reina Margot* (1845), *Veinte años después* (1845), *El bastardo de Mauleón* (1846), *Los Cuarenta y cinco* (1848), y una serie sobre la Revo-

lución francesa compuesta por José Balsamo, *El Collar de la reina* (1849), *La Condesa de Charny* (1852). Alrededor de 1845, y con gran éxito, estas novelas se publicaron por entregas -hasta un número de seis novelas simultáneamente- en las páginas de los principales periódicos del momento.

Pero hay que recordar además que la referencia a la Historia en la obra de Dumas también se refleja, probablemente con pretensiones más objetivas, en la escritura de sus "crónicas históricas" donde también aparece el interés por personajes como Napoleón, Luis XIV, Luis XV, Luis XVI o su contemporáneo Luis Felipe.

En lo que se refiere al tratamiento de la Historia de Francia en el género de la novela, vemos que las preferencias de Dumas se decantan por las épocas de mayor violencia y dramatismo. Sin embargo, lo que quizás pudiera parecer un uso gratuito de la truculencia o una inclinación morbosa por lo sangriento encuentra su explicación en la influencia que en ese momento de la historia literaria francesa tiene el drama -no olvidemos que Dumas es también autor dramático- con los excesos escénicos al uso, tan del gusto del público de esa época.

Dumas hará pues incursiones frecuentes en el siglo XVI (la tristemente famosa matanza por motivos religiosos de la noche de San Bartolomé) o en el siglo XVIII (la Revolución y el periodo subsiguiente denominado El Terror...). Pero en el contexto histórico sólidamente documentado de sus novelas prevalecen aquellas figuras humanas cuyo perfil pueda encarnar con más fuerza la confrontación con un destino cruel y con adversidades de todo tipo.

Como en sus dramas, los personajes de las novelas de Dumas -tanto los históricos como los de ficción- se caracterizan frecuentemente por un casi sobrehumano despliegue de energía. La figura del héroe mítico vuelve así, gracias a este autor, a recobrar su antiguo esplendor. Tratándose de la Historia, no es de extrañar que sus tramas - que suelen mostrar a individuos dominados por las pasiones- se centren más particularmente en una pasión dominante, la del Poder político.

Figuras relevantes de la Historia de Francia como Richelieu, Luis XVI, María Antonieta o Margarita de Valois (su reina Margot) aparecen junto a héroes de ficción a menudo más reales que los verdaderos: los tres mosqueteros, el conde de Montecristo... Son ellos los que intervienen con contundencia en la ficción hasta el punto de hacernos creer en su enorme capacidad para poder cambiar, sobre todo en lo que se refiere a la efectividad de las intrigas sentimentales, el rumbo de la otra gran Historia, la de Francia. Se entremezclan de este modo dos ámbitos: la esfera de lo realmente acontecido con la de lo que hubiera podido acontecer... si la voz que perpetua los hechos en el Tiempo lo hubiera hecho con el mismo empeño con el que actúan los héroes forjados por la imaginación de Alejandro Dumas.

¿Podemos entonces seguir diciendo que queda algo aún de la Historia de Francia en las historias que narra Dumas? No creemos que ésta sea la cuestión.

En una novela como *La Reina Margot* -cuyo título le será quizás ahora más familiar al lector a raíz de la versión cinematográfica que de ella se ha hecho-

la Historia ocupa un primer plano. Así comienza la novela: "El lunes, día 18 de agosto de 1572, había una gran fiesta en el Louvre...". Desde las primeras líneas se precisa pues el argumento en torno a una fecha histórica, la que precede a la matanza de los Hugonotes, uno de los hitos más sangrientos de la historia de Francia acontecido durante la noche de San Bartolomé, el 24 de agosto de 1572...

A diferencia de otras obras, en ésta todos los personajes son históricos: por un lado los católicos y la dinastía de los Valois, el rey Carlos IX, su madre Catalina de Medicis, y su hermano duque de Anjou; por otro, los Borbones y los protestantes, Enrique de Navarra, futuro rey de Francia bajo el nombre de Enrique IV y su esposa Margarita de Valois, hermana de Carlos IX.

Sin embargo, la inclinación de Dumas por las intrigas sanguinarias -tan en boga entre el público de su época- hacen de Catalina de Medicis, experta en intrigas y traiciones, la verdadera y malvada protagonista de la novela. De este modo, podría decirse que, todo y tomando como referencia los excesos del siglo XVI, al autor parece preocuparle menos el permanecer fiel a la Historia que la creación de un efectismo dramático movido por lo que se suele llamar "grandes pasiones humanas": el amor, el odio, la ambición política, el crimen y la venganza.

Esto no impide que, a pesar de lo que los historiadores puedan juzgar como una deformación de los episodios acontecidos en el pasado, la Historia sigue siendo, en Dumas -como en general en este tipo de novelas-, el gran telón de fondo de la ficción.